

Devocional, domingo 09 de abril del 2017

“Ahora que se han purificado obedeciendo a la verdad y tienen un amor sincero por sus hermanos, ámense de todo corazón los unos a los otros. Pues ustedes han nacido de nuevo, no de simiente perecedera, sino de simiente imperecedera, mediante la palabra de Dios que vive y permanece” (1 Pedro 1. 22, 23).

Continuamos, queridos hermanos y hermanas, reflexionando sobre la primera carta del apóstol Pedro, capítulo uno, a los hermanos expatriados de algunas provincias en Asia.

Hoy traemos al pensamiento éstos dos versículos en que el apóstol plantea por tercera vez, la obra purificadora que Dios hace en nuestra vida.

La primera es en el verso 1. 2 de éste primer capítulo señalando que es el Espíritu Santo que nos purifica para obedecer a Jesucristo. La segunda es en el verso 1. 7 refiriéndose a la obra purificadora que hacen las pruebas que Dios permite en la vida, pues a través de ellas se fortalece la fe necesaria para obtener la meta, nuestra salvación (1. 9).

Y ahora Pedro hace referencia a la obediencia a la **“palabra”** (*verdad*), como otro elemento purificador en nuestra vida, pero que ahora tiene el propósito de instalar en nosotros el amor necesario para amar a nuestros hermanos y hermanas (**“Ahora que se han purificado obedeciendo a la verdad y tienen un amor sincero por sus hermanos...”**).

El apóstol vivió la experiencia de formar parte de la pequeña comunidad de Jesús y le escuchó decir en sus últimas horas, antes de ser condenado injustamente: **“Este mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros. De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros”** (Juan 13. 34, 35). Y también vivió la experiencia de la primera Iglesia, una vez derramado el Espíritu Santo, cuando en Jerusalén el amor entre los primeros cristianos y la forma en que vivían el Evangelio generaba admiración, constituyéndose en un testimonio evangelístico (Hechos 2. 46, 47).

En consecuencia, Pedro compartía lo que desde un comienzo, en su formación como discípulo, había vivido, y por eso les reiteraba con vehemencia **“ámense de todo corazón los unos a los otros...”**. Pero lo hacía no como un llamado meramente fraterno que pudiese descansar solo en el esfuerzo humano, sino que declaraba abiertamente que éste llamado debía obedecerse, porque además era una de las consecuencias de haber “nacidos de nuevo”, a través también de la “palabra de Dios”.

Este llamado del apóstol Pedro también alcanza hoy nuestra vida de discípulos y discípulas, pues nos desafía a examinarnos en nuestras relaciones de hermandad, que debieran sustentarse no en nuestras afinidades o intereses comunes, sino en la obra que Dios está haciendo en cada uno de nosotros, no sólo a través de su Espíritu o de las pruebas, sino también a través de su Palabra que debemos obedecer.

Iglesia Alianza Cordillera